

LA INTRANSIGENCIA DE LA IGLESIA CATOLICA Y LAS CONTEMPORIZACIONES DEL PROTESTANTISMO EN CUESTIONES DE MORAL (1)

Por HONORIO DELGADO

Existen relaciones innegables entre la religión y la moralidad. La vida moral de todo hombre se constituye según un orden de bienes cuya jerarquía remata en un bien supremo o fin último; o, como dice Aristóteles, la acción moral entraña el esfuerzo de vivir en conformidad con lo mejor que existe en nosotros. La moral exclusivamente natural o laica se constituiría de acuerdo con un fin último natural, perseguido por la tendencia instintiva más noble de la índole humana. En cambio, la moral religiosa entraña un fin último sobrenatural, y actúa como promotor del mismo la aspiración de acordar la propia existencia con la voluntad divina. En realidad, la conducta del hombre siempre está condicionada por motivos que en último análisis son de índole religiosa, reconózcalo o no el sujeto. Interviene algo extraño a la mera temporalidad de lo finito, algo que el materialista llamará supervivencia atávica, y que se experimenta como recóndito afán de elevar el alma — en la contemplación y en la vida activa — a la realidad misteriosa de su origen y del fundamento de todo lo existente. El valor religioso es central con respecto a los demás valores, que reciben de él unidad y alma, dignidad y trascendencia. El hombre que no reconociese sino obligaciones impuestas por las leyes, las costumbres y las necesidades de la sociedad — la llamada ética social — carecería de conciencia propia.

(1).—Conferencia del ciclo organizado por la Acción Católica, dada el viernes 7 de febrero de 1941.

mente moral, pues exigencias como la solidaridad humana no determinan adhesión íntima y libre si se presentan a título meramente racional o práctico. Asimismo, en este caso, las nociones de bien y de mal no codificadas quedarían sujetas al capricho de la interpretación interesada, sin criterio de validez y sin constancia. Por el contrario, para el hombre que concibe el bien o el deber como ligado al orden espiritual que emana de Dios, la ley moral es una luz rectora de su dinamismo inmanente, y la relación con el prójimo, una hermandad llena de sentido superior. Así, la religión confiere unidad, significación profunda, riqueza y vigor a la vida moral. Sin ella florecen difícilmente las formas más delicadas y heroicas de la grandeza de alma.

Es comprensible que según la doctrina y las formas del culto de cada religión variará la influencia que ejerza sobre la moralidad de sus adeptos, en lo que atañe al tenor y la jerarquía, la diferenciación y la profundidad del mundo de los valores éticos. Esto es precisamente lo que me propongo considerar comparando el protestantismo con el catolicismo. Desde luego, no se trata de parangonar individuos sino la moralidad media. Entre los protestantes, como entre los fieles de cualquiera otra religión, existen personas dignas del mayor respeto por la nobleza de su conducta. Sería ridículo afirmar que la bondad es patrimonio exclusivo de los católicos. Respecto al tipo frecuente, se ha dicho que entre los protestantes, en conjunto, abunda la moderación, mientras que entre los católicos predominan, relativamente, los extremos de alta y baja moralidad. Esta fórmula simplista es evidentemente falsa, pues se basa en impresiones desprovistas de fundamento. En efecto, los hechos positivos que veremos después comprueban precisamente lo contrario, a saber, que la moralidad del hombre corriente es superior en los países católicos; y en lo que atañe al tipo de moralidad extremadamente baja, no hay duda de que es en tierra de calvinistas donde se producen desde hace años los crímenes más enormes, realmente inconcebibles por el grado de encanallamiento que revelan en la forma y por la ruindad de los motivos que los determinan. Una comparación mejor fundada es posible respecto a manifestaciones determinadas y susceptibles de apreciación cuantitativa, directa o por las consecuencias inmediatas.

Tal es el caso del suicidio, de la restricción de la natalidad y de la quiebra del matrimonio. Está bien averiguado que el suicidio es más frecuente entre los protestantes que entre los católicos, independientemente de la influencia de la raza, el clima, la nacionalidad etc. Este hecho demuestra el profundo influjo de la educación católica sobre la disciplina moral. La situación límite en que se encuentra el hombre cuando afronta el impulso de eliminarse es de las que quebrantan el freno de todos los intereses, de todas las consideraciones — por eso constituye la mejor medida del vigor de las fuerzas morales capaces de decidir la resistencia a la tentación.

La mengua de la natalidad en los pueblos protestantes es un fenómeno que alarma a los gobiernos, interesados principalmente a causa de sus consecuencias demográficas. Hace años el profesor Fritz Lenz consideraba que en Alemania los católicos son peligrosos para los protestantes no tanto por su persuasión (*Ueberzeugung*) cuanto por su mayor fecundidad (*Ueber-Zeugung*). Pero donde resulta muy claro el contraste es en Holanda y el Canadá. El débil aumento de la población holandesa es debido, en forma que puede decirse exclusiva, a los católicos, pues los protestantes tienen una natalidad incomparablemente menor. En el Canadá, donde, como es sabido, hay una población francesa católica y una población inglesa protestante, aquélla tiene un elevado índice de natalidad y ésta lo tiene bajísimo; a tal punto llega la diferencia, que se ha calculado que, a pesar de la inmigración inglesa, dentro de unas cuantas décadas el predominio de la población católica de origen francés será decisivo y llegará a convertir al Canadá nuevamente en un país francés. El hecho demográfico no nos interesa aquí sino en tanto que revelador del hecho moral. Los motivos de la limitación voluntaria de la familia, en la inmensa mayoría de los casos, son el deseo egoísta de disfrutar los bienes materiales, de economizar el esfuerzo del sostenimiento de los hijos, la falta de entereza para afrontar las responsabilidades y dificultades anexas a la condición de padre y las inherentes a la maternidad — signos todos de relajación moral, a los cuales debe agregarse el efecto desmoralizador de las prácticas correspondientes principalmente sobre el espíritu de la mujer. Iustrativo de la manera como se pliegan los protestantes al hedonismo de la época es el resultado de una encuesta acerca de la derogación de la ley que prohíbe al médico dar instrucciones sobre la manera de impedir la concepción. Reunidos

por el comité de la iglesia episcopal metodista representantes de las cincuenta iglesias de la misma secta de Manhattan, Bronx y Westchester County, e interrogados acerca de si debía aprobarse la recomendación previamente formulada en una conferencia de pedir el susodicho cambio, 746 votaron a favor, 138 en contra y 201 se abstuvieron de opinar. Posteriormente, los representantes de esta secta en los distritos de Nueva York y Connecticut aprobaron por unanimidad una resolución en el sentido de dirigirse a las Legislaturas del Estado pidiendo la derogación de la ley mencionada y votaron la suma de cien mil dólares para esa campaña en pro de la inmoralidad.

En lo que respecta a la quiebra de la vida conyugal, conviene recordar en primer término que ninguna de las sectas protestantes admite el matrimonio como sacramento. Lutero dijo: "No sólo se afirma que el matrimonio es sacramento sin alegar ninguna autoridad de la Escritura, sino que las mismas tradiciones que se invocan para convertirlo en sacramento lo hacen verdaderamente ridículo". Y Calvino, por su parte, se expresa en estos términos: "El matrimonio, que fué instituído por Dios, según confesión de todos, nadie dijo que era sacramento hasta los tiempos de Gregorio. Y ¿a qué hombre sensato se le iba a ocurrir esto? Lo dispuesto por Dios es bueno y santo: así buena es la agricultura, la arquitectura y el oficio de zapatero o peluquero; pero no son sacramentos". Así, para el protestante el matrimonio es una institución natural cuyo régimen como contrato ha pasado por completo al fuero civil. Al presente, en la América Latina, algunas sectas celebran el matrimonio en presencia del pastor, que reza diversos salmos; particularmente, si uno de los contrayentes es católico, o lo solicita, suelen dar a la ceremonia cierta solemnidad. En algunas sectas más rigurosas se prohíbe al pastor que asista a estos enlaces si alguno de los contrayentes es divorciado.

En lo tocante al divorcio, muchas sectas admiten sin reparo lo que dispone la ley civil, concebida e impuesta en algunos países por jacobinos desorientados en materia religiosa y moral; otras sectas, como la anglicana, se oponen a él, aunque más en teoría que en la práctica, pues establecen que sus ministros pueden volver a casar a la parte inocente — lo que abre el camino a las interpretaciones, que bien pueden concluir con la aparente inocencia de ambas partes.

En todo caso, el hecho positivo es que en los países protestantes se multiplican los divorcios de manera aterradora. Así, en los Estados Unidos de Norte América, en 1887 se producen cinco divorcios por cada cien matrimonios, en 1907, ocho, y en 1927 dieciseis — esto es, un divorcio por cada seis matrimonios. Seguramente hoy la proporción todavía es más pavorosa. Estos hechos alarman hasta a los propios protestantes. Así, uno de sus ministros escribe: "Las iglesias protestantes gastan sus energías en echar afuera al demonio «alcohol» o al demonio «nicotina»; quieren barrer la casa y tenerla limpia, pero sólo para dejar entrar al mismo demonio con otros siete espíritus peores que él (divorcio, control de los nacimientos, etc.)".

Frente a la laxitud de los protestantes en estas materias, la Iglesia católica, consecuente con los principios de su origen y atenta a la verdadera felicidad de los hombres, mantiene su noble intransigencia para el mal, que incluso en el campo puramente moral es salvadora de la familia y la sociedad. El matrimonio para ella no es contrato susceptible de rescisión, sino vínculo sacramental definitivo, libre y solemnemente aceptado a sabiendas de las obligaciones que entraña; acto espiritual que, remontando la unión de las almas allende las veleidades de la carne, transfigura las potencias de la naturaleza y dignifica y consagra el amor y la vida del hogar en una entrega absoluta e irrevocable. Nuestra Iglesia puede parecer dura a los espíritus débiles y superficiales porque rehusa los sacramentos, inclusive la extremaunción, a los divorciados que repiten el casamiento en vida del cónyuge legítimo. Esta tremenda pena — que entraña la perdición del alma — da la medida de la grandeza y responsabilidad del matrimonio, en el mundo y por encima de lo mundano, y revela su trascendencia mística, el santo honor a que obliga y la inviolable apelación al Eterno en que se funda.

Aunque no es susceptible de medida estadística, el desenfreno libidinoso es un mal que se extiende de manera enorme en algunos países protestantes. En Alemania, la Reforma fué seguida de un período de verdaderas explosiones de licencia de esa índole, que casi pueden compararse con lo que acontece en la actualidad entre los anglosajones adictos al calvinismo. Ya en el pasado, el *bundling*, algo así como el matrimonio de prueba, según parece, de origen escocés, fué poco reprimido en las comunidades puritanas, y hoy se encarna,

agravado hasta el extremo, en el tipo de la *flapper*. Muestra significativa de la decadencia de la moral y del amor entre los puritanos de América es el caso de Dora Russell, "que exhorta a la juventud, en ocasiones desde el púlpito de las iglesias, a entregarse a todas las experiencias sexuales que puedan, antes y después del matrimonio". Con esto, no es de extrañar que mujeres predispuestas a tal clase de incitaciones con gran frecuencia quebranten el matrimonio, sin dar importancia al abandono del marido, tan pronto como se sienten atraídas sólo físicamente por otro hombre. El juez Lindsay se ha ocupado de esto que llama la insurrección de la juventud moderna, cuya sanidad proclama. Es claro que habrá poca gente sensata que sea de su opinión y no de la del Conde Keyserling, quien le responde: "Serán sanos de cuerpo, lo concedo. Llego incluso a admitir que las nuevas generaciones disfrutan de condiciones físicas mejores que las que haya tenido desde hace siglos generación alguna, prescindiendo de las tribus salvajes. Pero, en cambio, sus almas son a menudo casi subhumanas". El mismo autor, que, como se sabe, no es católico, comenta la nueva fase de la inmoralidad derivada del puritanismo en estos términos, que resultan una apología de la doctrina moral de la Iglesia: "Si lo que constituye la superioridad es la facultad de ver las cosas en sus justas proporciones y de regirlas desde adentro, produciendo un estado general armonioso, la *flapper* es decididamente inferior a todas las mujeres que creían genuinamente en la verdad del orden antiguo. ¿Por qué? Porque aquéllas creían que los requerimientos del alma y su desarrollo elevado son más importantes que la satisfacción de la carne. Que yo sepa, no ha habido nunca una generación más pobre en lo que a la vida del alma se refiere... No teniendo, como no tiene, inhibición alguna, no puede desarrollarse sencillamente ninguna vida del alma. Y como la visión behaviorista sustenta una concepción general de la vida, conforme a la cual el hombre es un animal entre otros, se supone que lo físico decide. Así, por primera vez en la historia, mujeres refinadas juzgan del valor del amor por sus efectos sobre la salud... Ahora bien; la parte más importante del hombre es su alma... Si esta esfera no está ricamente desarrollada, las morales libres son absolutamente nocivas, porque un alma primitiva necesita algún género de disciplina rígida... la solución real no es la de si es conveniente la moral libre, sino la de cuánta libertad pueden soportar los

seres humanos". No daré término a la cita de Keyserling sin reproducir un juicio suyo favorable al porvenir de Norteamérica, país que, en su sentir, lucha rudamente para librarse del dominio excesivo y unilateral del calvinismo: "la despuritanización de Norteamérica — dice — se encuentra grandemente acelerada por la extinción del tipo de Nueva Inglaterra, por el renacimiento del prestigio del caballero y la influencia de emigrantes no puritanos, y en especial de los católicos romanos".

El examen precedente, dirigido a los hechos reveladores de las grandes diferencias que existen respecto de la manera como enfrentan la inmoralidad las iglesias católica y reformada, requiere ser completado con el análisis de algunas de las principales discrepancias de doctrina entre ambas desde el punto de vista de los efectos de las mismas en la esfera moral.

La primera y fundamental disidencia del protestantismo es la rebeldía contra la autoridad eclesiástica, la exaltación del dictamen personal acerca de los textos sagrados como supremo criterio en materia dogmática; la atomización subjetivista y, por ende, anárquica del espíritu religioso. Esta presunción ha tenido por consecuencia que infinidad de protestantes se crea, cada uno, depositario de la verdad absoluta — y que todas estas múltiples "verdades absolutas" sean diferentes entre sí y, por consiguiente, que a la postre, ninguna merezca confianza. He ahí el origen de las incontables sectas del protestantismo, cuya laxa unión depende principalmente de su común malquerencia para el catolicismo, uno y firme en la doctrina, en la organización y en el culto.

El egocentrismo, la mutabilidad y la discordancia, inherentes al protestantismo, tienen influencia en la vida moral de los pueblos y de las personas. Alientan la caprichosa propensión del espíritu a relativizarlo todo, a cambiarlo todo, a discutirlo todo, inclusive la tradición de las instituciones fundamentales y los principios directores de las costumbres. La mengua general del respeto y la manía de la novedad — como si lo nuevo por sí solo fuese un bien — unidas a la profunda incertidumbre del alma, que ambas condicionan, son extremos característicos de la mentalidad moderna, en cuya génesis interviene poderosamente el espíritu de rebelión anexo a la Reforma, difundido en todas las manifestaciones de la cultura occi-

dental. Tal través priva al alma de las condiciones más favorables para dar temple al carácter y sentido elevado a la acción.

Grande es el contraste que con esto hace el porte de la Iglesia católica. Cuánto podría decirse de su obra moralizadora, que culmina con la perfección de la Cristiandad en la Edad Media. Fundadora de la cultura de Occidente, desbasta al bárbaro europeo y llega a dignificar al hombre y ennoblecer a la mujer en forma y medida no alcanzadas por ninguna otra civilización. Asume, cultiva y difunde la riquísima tradición intelectual y jurídica de la Antigüedad, y con las preciosas formas de la vida viril de los germanos fomenta esa maravillosa institución del honor caballeresco, cuyas dispersas reverberaciones dan todavía en nuestros días tono aristocrático a la conducta de los mejores. Con la unidad de su doctrina y la estabilidad de sus procedimientos, la Iglesia católica, desde su origen hasta hoy, orienta a sus fieles en cuestiones de fe, allende la veleidad del parecer privado y transeúnte, mientras que en la esfera de las verdades relativas y las cuestiones humanas no obstaculiza ningún pensamiento acerca de la naturaleza de las cosas ni acción alguna que redunde en el bien y la perfección del hombre como ser natural y espiritual; prueba de ello es el pensamiento científico de la escolástica, acerca del cual confiesa el propio Harnack que "la ciencia de la Edad Media da prueba práctica del ahinco en el pensar, y revela una energía para someter al pensamiento lo que es real y valioso, a la cual tal vez no podemos encontrar paralelo en ninguna otra edad".

La fijeza de los dogmas y la estabilidad de las instituciones de la Iglesia no corresponde a la inercia de lo caduco o muerto, sino a la ordenación de la existencia orgánica, a la vida en forma. El buen católico disfruta de la seguridad de su fe, lejos de la incertidumbre acerca de materias en que la razón humana no dará jamás respuestas satisfactorias, en la paz de la única verdad suprema, incondicional y humildemente aceptada, penetrado de que el servicio de Dios es una dignidad y el acatamiento en materia de dogma es el privilegio de la buena fe. Así, en la formación del carácter y en la acción moral tiene un centro incommovible y una medida superior, tan amplia ésta que no limita la libre y singular expansión de su inteligencia y su personalidad, y tan luminoso aquél que no embaraza su visión de lo real, grande o pequeño.

La segunda discrepancia entre el catolicismo y el protestantismo, de gran momento para la vida moral, es la relativa al papel de la voluntad del hombre para salvar el alma. El protestantismo se inclina a la influencia exclusiva de la gracia. Lutero, que, como es sabido, fué monje agustino, exageró desmesuradamente la doctrina del Gran Padre de la Iglesia. Mientras que San Agustín sostenía que el hombre, aunque creado con el libre arbitrio, no se salva por su propio esfuerzo ni su voluntad es capaz de hacer obra justa sin la ayuda de Dios; de modo que no logra su salvación sólo por la gracia divina, ni sólo por sí mismo, sino por ambas cosas — *nec gratia Dei sola, nec ipse solus, sed gratia Dei cum illo* — Lutero proclama que “no somos dueños de nuestros actos, sino esclavos, del comienzo al fin”, que carecemos de libertad “al igual que un tronco, que una piedra, que un montón de barro y que una estatua de sal” y, en fin, que “no nos hacemos justos a fuerza de actuar justamente, sino que hacemos cosas justas porque somos justificados”. Sin embargo, quien va más lejos en esta dirección es Calvino, al proclamar la doctrina de la predestinación: Dios, concebido como déspota irracional, distribuye arbitrariamente la gloria y la condenación a los hombres; por anticipado, antes de realizar obra alguna que ponga a prueba su opción y su mérito, unos son elegidos y otros condenados. Para Calvino ni la fe es capaz de rescatar al hombre, sujeto a “la eterna decisión de Dios por la cual está resuelto lo que ha de ser de cada hombre”. Parece que el temperamento de los dos grandes protagonistas de la desintegración de la Cristiandad se revelase en su actitud frente al problema del destino del alma. Lutero, hombre lleno de fogosa vitalidad a la vez que de natural sensible, impresionable, propenso a la depresión y a la exaltación, inseguro de sí mismo y receloso de los demás, víctima de largas crisis de melancolía angustiosa con profunda desesperación (que hoy los psiquiatras le diagnostican como una verdadera psicosis maniácodepresiva), tiranizado inhumanamente en la infancia por su rústico padre, dominado siempre por los estados de su propio ánimo y por un exagerado miedo a Dios, no puede menos que sentir huérfano de libertad su albedrío — y con él el de todos los hombres. Por su parte, Calvino encarna en grado superlativo las características del fanático frío de corazón, rigorista y cruel (recuérdese que sólo en cuatro años ajustició a cincuenta personas y quemó a muchas más):

no podía concebir un Dios justo y misericordioso sino un monstruo divino, terrible y arbitrario, incapaz de juzgar a la criatura humana por sus propios merecimientos.

Son evidentes las consecuencias morales de la minoración y sobre todo de la negación del libre albedrío. Si se reconoce el mal, de cualquiera especie que sea, como real y se le entiende en su pura realidad como revelación de la voluntad divina, no son posibles para el sujeto humano otras actitudes que la resignación, la desesperación o el amor al mal como obra de Dios. Las dos primeras resultan igualmente estériles y la última, en extremo peligrosa, ya que anula toda forma de conciencia y conducta moral — representa el reino de lo luciferino. En todo caso, quien no se cree libre para optar entre el bien y el mal carece propiamente de entidad moral, pues no representa otro papel que el de espectador paralítico o juguete del destino. Si el prosélito de Calvino se cuenta él mismo entre los predestinados a la condenación, ¿qué incentivo puede obrar en su ánimo para realizar el bien? Y si se considera en el número de los elegidos de Dios, entonces es lógico recelar en su espíritu la infatuación con sus desastrosas consecuencias. Seguro de su enorme privilegio, el escogido fácilmente se creará la encarnación de lo perfecto, la Ley hecha hombre, y con el egocentrismo y la estrechez inherentes a la soberbia, será ciego para la viga en el ojo propio y querrá tener razón siempre. Así podrá elevar insensiblemente a la categoría de altas virtudes sus más lamentables defectos y vicios. La acometividad arrogante de este linaje de ilusos de la pureza llega a los límites extremos de la devastación moral cuando, alejados ya de Dios, el contagio colectivo los sume en la adoración de los bienes materiales y hacen degenerar el culto en régimen mercantil y la ética en higiene.

Frente a tales peligros de la concepción protestante para la vida moral, resplandece con brillo singular la idea católica del libre albedrío, cuyos antecedentes se remontan a la magnífica tradición de la filosofía griega, repudiada por los fundadores de la Reforma. A la luz de esta idea, lo bueno y lo malo no son hechos que en su manifestación actual dependen de la voluntad divina, sino realizaciones de valores, positivos y negativos, respectivamente, cuya producción es facultativa del querer humano. Con la gracia divina el hombre está en condición de salvarse, pero es él mismo quien se sal-

va o quien se pierde gracias al acto de libre elección y determinación. Sólo con el principio del libre albedrío tiene sentido el orden moral, la responsabilidad y el mérito o demérito de la persona humana. Y sólo con él y las luces de la razón somos agentes efectivos en el ejercicio de la vida activa, regulando la inserción de las fuerzas de la naturaleza en las formas del espíritu, lo contingente en lo absoluto, lo individual en lo universal, el devenir en el orden intemporal. De la misma suerte que en materia religiosa la fe es a la vez comienzo y fruto de la sabiduría — *Initium sapientiae fides, fidei fructus intellectus* —, en la experiencia moral la convicción de la propia libertad es principio promotor de la acción correspondiente, y ésta, confirmación eficaz de aquélla. Así, capaz de eruirse con el propio esfuerzo en artífice de su destino, adquiere el hombre dignidad y grandeza de señor en su propio dominio; dignidad y grandeza que la humildad de su condición de criatura de Dios, responsable de sus actos y siempre en peligro de caer en tentación, impide que se conviertan en motivo de desordenado optimismo y de soberbia.

Una tercera diferencia de fondo entre el catolicismo y el protestantismo es la relativa al amor, cuya repercusión en la esfera de la moralidad se impone de inmediato. Lutero, que excluye el amor a Dios específicamente místico de los medios de salvación, funda el amor al prójimo en la justificación conseguida por la fe y ésta en el amor de sí mismo. En último análisis, el acto espiritual que es por excelencia movimiento primario del corazón con olvido y entrega de sí mismo, resulta mediatizado y supeditado al amor del yo. Con esto se quebranta el principio de la solidaridad de las almas en la fe y el amor, y queda abolida la sociedad viva y santificante de la Iglesia. El protestante es un átomo aislado por su desvinculación personal de la humanidad y de la propia iglesia, que considera como obra que sólo pertenece al mundo terrenal. De la misma manera que reduce la teología a un mero revestimiento accesorio de formas del pensamiento humano, en la institución de la iglesia no ve sino la vestidura de formas propias de la comunidad humana — y en la católica, simple masa. Con esta mutilación, que priva a la sociedad eclesíástica de su eminencia sobrenatural, no sorprende que se opere otra que la desliga de la naturaleza. En efecto, Lutero no sólo niega el amor al mundo subhumano de la creación, sino que lo odia como al pecado: para él, aunque la naturaleza no fué originalmente

mala, con la caída del hombre, su corrupción es definitiva e inextinguible, a pesar de la redención de la humanidad: *Est tamen naturaliter et inevitabiliter mala et vitiata natura.*

Como siempre, la cosa tiene un aspecto mucho más sombrío en Calvino, cuyo espíritu de negación y cuyo rigorismo le ponen más cerca del odio que del amor. Si Lutero se rebela contra el ascetismo, los ideales de la vida monástica y la tradición filosófica y racional de la Iglesia y acentúa en su doctrina todo lo que es de origen semítico, Calvino, por su parte, extrema el ascetismo y el racionalismo, tornando puramente negativo al primero y privando al segundo de su substancia metafísica, a la vez que incorpora en su sistema — desprovisto de toda inspiración mística — el más craso utilitarismo judaico. De este infausto maridaje de sequedad intelectual y estrechez de corazón, nace el espíritu capitalista moderno, según lo han probado las investigaciones, ya clásicas, de Max Weber y Ernst Troeltsch. A fin de librar a sus fieles de la incertidumbre de si son o no son predestinados a la bienaventuranza eterna, Calvino les impone el trabajo sin medida, para honra de Dios. Característica de este culto del trabajo es su independencia del bien inherente al disfrute de la ganancia y su aversión a toda forma de goce de lo agradable. Así, el trabajo y la utilidad, de medios para vivir, acaban por trocarse, con el puritanismo moderno, en fines prosaicos de la existencia.

La repercusión de todo esto sobre la vida moral es, en síntesis, por una parte, la falta de cultivo de un hondo y superior sentimiento de simpatía directa para el prójimo y de concordia social y, por otra parte, la supeditación de los valores espirituales y vitales al subalterno e inhumano de la utilidad por sí misma: la moral suplantada por la economía.

En el catolicismo la caridad, la *vivace carità*, que decía Dante, o sea la rectitud en el amor, no tiene restricciones; inclusive involucra la fe: creemos en Dios y le honramos, sobre todo, amándolo. El católico ama al prójimo y se ama a sí propio por el mismo movimiento de amistad, por el anhelo de lo que hay de mejor como objeto de deseo, la beatitud, bien inherente al alma, por ser su perfección en Dios, Quien constituye el único motivo de la caridad, aunque su objeto sea doble: Dios y el prójimo. En nuestra religión el amor al prójimo es el vínculo que une y socorre las almas individuales, a las

que el amor de Dios funde en la vida de una sociedad espiritual y jerárquica — la Iglesia — cuya cabeza es Jesucristo. Todo hombre es llamado a formar parte de ella, a ingresar a su hogar seguro, donde la caridad aviva la fe, adelanta al mundo hacia el reino de Dios. Esta hermandad universal — católica — de las almas no repudia a la naturaleza como cadáver maldito, sino que la asume y bendice, no meramente en tanto que campo de acción sino por ser su prolongación corporal y viva, obra amable y bella de la Divinidad. Ciertamente, muchos santos proclaman y practican la fuga del mundo y la tortura del cuerpo para exaltar los más puros incentivos del espíritu, y todo católico se defiende de las imperfecciones y flaquezas de la carne. Pero, como ha dicho repetidamente Santo Tomás de Aquino, la perfección del alma, que por su índole debe estar unida al cuerpo, no excluye lo que es para ella una perfección natural: *Cum enim naturale sit animae corpori uniri, non potest esse quod perfectio animae naturalem ejus perfectionem excludat.*

Este criterio es válido en el mundo católico para el conjunto de la naturaleza, el amor a la cual ha florecido, al mismo tiempo que el ascetismo, en todos los períodos de la historia de Occidente, antes y después que el Renacimiento y la Reforma se empeñasen en disociar la poesía de la Iglesia. Entre las más altas manifestaciones de esta hermosa floración se destaca con soberana grandeza la cordial relación de San Francisco de Asís con el cosmos. Para el sublime enamorado casi no hay cosa ni ser que en su particularidad concreta no ofrezca al alma contemplativa un destello de la infinita perfección del Creador y la haga digna de figurar en la encantadora fraternidad, una y viviente, de su obra. El agua, la luz, la piedra, la hierbecilla, el ave, la riqueza inagotable de formas y fenómenos, son para el Santo la revelación tangible, el testimonio inmediato, el don gracioso de la magnificencia divina. En San Francisco se manifiesta también, y en grado superlativo, otro nobilísimo ornamento del espíritu católico: la alegría. Irradiación natural del amor, brote del alma en sazón de fiesta, la alegría, que no es la efusión vacua de los necios, ilumina el mundo y difunde entre los hombres la paz y la dulzura. Cada vez más rara en el adulto cultivado, la observamos aún, en toda su plenitud y simplicidad, particularmente entre los religiosos de nuestras iglesias y conventos, como prenda inestimable

de la vida ascendente y cristalina del espíritu del verdadero cristianismo.

En resumen, la moralidad encuentra un manantial fecundísimo de poderosos incentivos en las formas de amor inherentes a la fe católica — *recta dilectio*. La Iglesia le ofrece el soporte de una sociedad organizada, eficaz y santificante, donde la solidaridad se cimenta en la común y suprema aspiración, y donde el orden jerárquico de los bienes apetecibles no excluye los anexos a la existencia terrenal, ya que la naturaleza, la creación, forma parte del reino de Dios.

Los elementos que confieren superioridad al catolicismo en tanto que fuente de incitaciones para la vida moral son realmente inagotables. A los ya considerados podrían agregarse muchos más, pero me contentaré con señalar sólo algunos: el culto a la Virgen María y a los santos, la confesión y la liturgia, cuya ausencia en el protestantismo es causa del aspecto opaco de su atmósfera. El culto de la Virgen, al cual se debe en gran parte la elevación del valor y del prestigio de la mujer en la cultura occidental, representa la consagración del modelo más sublime y eficaz para la perfección moral de la devota. Todas las mejores cualidades de la femineidad se manifiestan en la Virgen como realidad insuperable, pero con atracción tan poderosa que, mediando el amor, proyectan a las almas su comunicativa virtud y las mueven a la imitación: la santa ingenuidad, que trae al mundo resplandores celestiales a cuyo encanto no se sustrae ni el más empedernido; el nobilísimo pudor, que preserva al alma no sólo de la torpeza de las pasiones sino de todo linaje de vulgaridad; la mansedumbre angelical, cuyo aroma de vida eterna ahuyenta el odio, desarma la violencia y frustra la injusticia; la heroica abnegación, compendio de las más altas virtudes cristianas, realización del perfecto olvido de sí mismo, imagen de la gracia divina del Redentor en el corazón humano...

El culto que rinde el católico a los santos, legión inmensa y egregia de la Iglesia triunfante, corresponde a uno de los requerimientos esenciales de la educación moral: el modelo óptimo, el ejemplar canónico de perfección, el ideal realizado y realizable. Los santos, cuya obra apostólica no termina con su vida terrena, ofrecen a la elección de cada cual, a causa de la inmensa variedad de su genio y de su ser, la imagen concreta y lograda de los valores perso-

nales que más atraen y más concuerdan con las propias aspiraciones. Y la sacra sinfonía de diferencias y concordancia de caracteres, eleva, alienta y conforta al creyente en la dura tarea de acrisolar su vida con el esfuerzo perseverante, sin mengua de la indeleble originalidad de su persona moral.

La confesión, *sacramentum resurgentium*, y la dirección espiritual del sacerdote, constituyen una forma de influencia personal eminente y eficacísima para la salud y la renovación moral y — como lo demuestra la psicoterapia moderna — hasta para la salud física. No necesito insistir en ello. En cambio, merece que se recalque lo que han perdido los protestantes con la supresión de la penitencia. A este efecto, ningún testimonio resulta mejor que el objetivo de Spengler: “No hay institución religiosa que tanta dicha haya proporcionado al mundo — escribe el filósofo —. Todo el fervor y amor celestial del goticismo descansaba en la certidumbre de la plena salvación por la virtud concedida al sacerdote. La incertidumbre que sobrevino al decaer el sacramento de la penitencia fué causa de que se obscureciese con la alegría vital del goticismo, el mundo luminoso de María, y que quedase solamente el mundo del diablo con su lúgubre ubicuidad. En lugar de esa beatitud, ya irrecobrable, apareció el *heroísmo* protestante, y sobre todo puritano, que sigue combatiendo, aun perdida la esperanza. «No hubiera debido quitársele al hombre la confesión auricular», ha observado Goethe. Una pesada seriedad se extendió sobre las comarcas donde la confesión dejó de practicarse. Las costumbres, el traje, el arte, el pensamiento, tomaron el color nocturno del único mito restante. Nada hay más pobre de sol que la teoría de Kant. «Cada cual sea su propio sacerdote»: a esta convicción hubo que asirse, por cuanto contenía deberes, no por cuanto contenía derechos. Nadie se confiesa a sí mismo con la certeza interna de la absolución. Por eso la eterna necesidad de aligerar el alma, de descargar el alma de su pasado, ha transformado hondamente todas las formas superiores de la comunicación, y en los países protestantes ha transformado la música, la pintura, la poesía, la carta, el libro de los pensadores, en medios no de exposición, sino de autoacusación y confesión ilimitada... En vez del Eterno, tomóse por sacerdote y juez al conjunto de los contemporáneos y la posteridad”.

Por último, la liturgia, que es principalmente servicio de Dios, contribuye en el orbe católico a afinar el sentido moral y embellecer la conducta. La práctica de ceremonias y ejercicios precisos cargados de simbolismo espiritual accesible y sublime, en que interviene no sólo el alma sino el cuerpo del creyente en una atmósfera llena de majestad, confiere a la vida interior y al porte un tono de gentileza a cuyo ascendiente no se sustrae ningún elemento del ser. Asimismo, la manera colectiva e impresionante de la actuación litúrgica, propia para promover y depurar en las almas los medios de expresión y comunicación más entrañables, da calor de experiencia viva, impulso y mesura a los sentimientos sociales, en forma que jamás puede alcanzar el mejor espíritu deportivo ni la prédica más vehemente de los ilusos del humanitarismo secular. En general, la liturgia crea en torno del creyente una dimensión mística que enriquece el mundo de significaciones trascendentes y exorna el tiempo y los lugares con cualidades y matices anagógicos, que redimen al hombre del mal anexo a la uniformidad rutinaria de la existencia trivial y le salvan de esa sed demoniaca de cambios y excitaciones mundanas, tan propia del vacío fundamental de las almas alejadas de Dios y del bien.

Llego al fin de mi discurso, enderezado a poner de manifiesto la radical superioridad del catolicismo sobre la desviación protestante en la esfera de la moral. Como el conjunto de las confesiones que comienzan hoy, la que tengo a honra sustentar no responde a un propósito meramente teórico, sino de interés nacional. En nuestro país, lo mismo que en toda la América Latina, las sectas protestantes, en especial las calvinistas del Continente, a partir del Congreso que celebraron en Panamá el año 1916, obedeciendo no se sabe a qué designio, han intensificado su penetración por todos los medios. El Padre Crevelli, que ha consagrado muy documentados estudios a este grave proceso, muestra cómo más de ciento cincuenta entre sectas y sociedades protestantes "se prometen el triunfo en una época más o menos cercana, o a lo menos así lo quieren dar a entender a sus correligionarios de otros países, que de buena o mala fe contribuyen con su dinero y con su trabajo al triste fin de descatalogar todo un Continente". Respecto de lo que puede conseguir esta empresa, dice: "es un hecho confesado por no pocos autores protestantes, que el católico apóstata rarísimas veces llega a

ser protestante bueno a no ser que para serlo baste odiar a la Iglesia Católica”, y cita estas palabras de un artículo publicado en la revista *Truth and Light*, en 1929, que son dignas de muy honda reflexión: “Por cada católico que un misionero logre convertir al Protestantismo hará cincuenta agnósticos o infieles. Cuando un protestante corta el árbol primitivo del Cristianismo, difícilmente conseguirá que un católico injerte su fe en alguna rama del Protestantismo. Para eso sería menester que cerrase los ojos a los hechos de la historia, que no hiciera uso de su razón, que dejara de ser lógico... Si su fin es hacer infieles, entonces «La Iglesia Evangélica» de Sur América puede esperar alcanzar un razonable grado de éxito. No podrá salvar, pero sí podrá llevar a la perdición muchas almas, destruyendo su fe en los fundamentos de la Religión Cristiana”.

En el Perú, las diversas sectas protestantes se han repartido indignamente el territorio nacional, con prolijas demarcaciones. Pero a su influencia se agregan otros males importados que agravan la desorientación: las insensatas fantasías teosóficas, filosofía de pacotilla que sólo pueden consumir mentalidades débiles con credulidad a toda prueba; las doctrinas del humanitarismo materialista y demagógico, que encuentran terreno favorable entre las víctimas del resentimiento; la inmigración judía, con sus artifices de la disolución y con sus películas cinematográficas de igual índole.

Consideremos, para terminar, sólo lo que atañe al protestantismo: si es inferior al catolicismo como doctrina moral, su influencia entre nosotros es indeseable, y si a eso se agrega la babélica discordancia de sus sectas, resulta abominable para nuestro pueblo. Cuando la dualidad de las creencias, y peor todavía el caos del sectarismo, sustituye a la tradición orgánica, a la fe única, los hombres pierden el terreno firme de la unidad espiritual, la dirección de su crecimiento moral da en el vacío de las opiniones discrepantes, todo se torna relativo y cuestionable, y lo único que queda como fuerza dominante es el fondo de los apetitos animales.

Honorio DELGADO.